

DESENCUENTRO ENTRE EL YO-ÉPICO Y SU TIEMPO EN LA POESÍA DE ḤAYYIM GURY

M^a ENCARNACIÓN VARELA
Universidad de Granada

En los albores de todo nacimiento de un estado como hecho político —de pleno derecho entre las naciones y reconocido por el derecho internacional— precede una amplia mitología nacional, no toda ella cierta pero sí necesaria para la configuración del *Yo nacional*. Cuando este *Yo* se plasma en un *nosotros* estamos en presencia de una identidad nacional y hasta de formas acusadas de etnocentrismo; pero no nos engañemos, si bien los mitos provienen de un venero arcaico mucho más antiguo que las luchas liberadoras y a veces hasta contrapuesto, son pequeñas minorías, que en lenguaje sociológico llamaremos *élites de prestigio*, las que fundamentan ese olimpo donde pretenden descansar las conciencias cansadas de los que lucharon y hallar respuesta a interrogantes políticos que, o no las tienen o las tienen de una manera ecléctica en el quehacer gris de las sociedades.

En los años sesenta fuimos testigos por la prensa internacional de la configuración de nuevas naciones y su ingreso a la nomenclatura diplomática, se lo conoce como el descubrimiento por Occidente del *Tercer Mundo*. Así como desde las grandes capitales europeas leíamos a autores (Fanon, Memmi, Sartre, etc.) que creían descubrir su *yo* perdido en la epopeya que libraban los pueblos jóvenes, desde estas mismas sociedades leemos en los años setenta y ochenta una vasta literatura del desencanto.

Ya tenemos algunas claves para enmarcar el *yo* plural fuertemente constituido pero dolorosamente quebrantado de Ḥayyim Gury y su poesía.

Desde 1949 en que se publica su primera obra, *Pirḥe ʿeš* (Flores de fuego), hasta 1960, fecha de publicación de *Šošanat ha-ruḥot* (La rosa de los vientos), y más aún, hasta 1973 en que aparece *Ha-sefer ha-mešugaʿ* (El libro loco), va transcurriendo el tiempo, y en ese fluir de las horas y de los días el poeta-hombre se va transformando, va adquiriendo junto con los años una madurez, o un cinismo, o un desencanto —llámese como se quiera— que de alguna manera nos impacta porque es la acción que el tiempo ejerce en cualquiera de los que lo leemos.

El joven soldado del *Palmaḥ*, el heroico combatiente de *Flores de fuego* deja paso después de veinte o veinticinco años a un hombre nostálgico, y así como no todos podríamos identificarnos con su primer libro —por la diferencia de las circunstancias— sí podríamos firmar con toda veracidad su segunda obra o esa novela extraña que es *El libro loco*.

El *Palmaḥ*, la guerrilla antibritánica, creó todo un estilo, un *yo* colectivo forjado a base de peligros, esfuerzos y batallas. La amistad, la camaradería, el compañerismo, eran valores fundamentales, no existía entre aquellos muchachos el “yo” sino el “nosotros”, Gury lo recuerda en algunos de sus poemas: “La gente hablaba en primera persona del plural” (1923-1958), en medio de caminatas, de hogueras, del recuerdo de los compañeros muertos y de canciones patrióticas.

Con la creación del Estado de Israel y con el *Palmaḥ* disuelto la existencia de estos jóvenes comienza a hacerse “normal”. Ben Gurión, con un indudable talento político, va colocando a sus miembros aquí y allá, enviándoles a distintas universidades —a la Sorbona le tocó a Gury—, en una palabra, se los va quitando de enmedio, alejándoles de la vida política en la que podrían ser un estorbo.

De este modo fluye ese tiempo que Ḥayyim Gury rescata en sus obras posteriores, y en 1960 escribe:

“Me parece que yo guardo las murallas de una ciudad
que sucumbió hace tiempo.

Y las luces que me alumbran ahora
son como testamentos de luz que se apagó hace años.

Camino entre las cosas que el tiempo abandonó
y pasó.
Y ellas viven sin el tiempo que se deshace en los relojes.

Y ellas vuelven a mí,
vuelven a mí para vivir más despacio
junto a los ceniceros,
junto a las tazas de café que se van enfriando.

Yo ando mucho y adivino,
pero gozo de la duda.

Pero aún guardo las murallas
de una ciudad que sucumbió hace tiempo.

(*Me parece, de Šošanat ha-ruḥot*)

Junto a la vivencia personal del poeta y a su peculiar modo de “sentir” el paso

del tiempo y las nostalgias de lo que “fue” y ya “no es”, tenemos también el testimonio objetivo de las cosas, “los ceniceros”, “las tazas de café que se van enfriando”, y en esa panorámica temporal, al igual que toda persona cansada, cree y siente que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Fue mejor por el esfuerzo precisamente, por la guerra, esa catarsis colectiva que se ve como acto lúdico de renovación y ante la cual las diferencias internas no importan tanto. La guerra es el “paraíso perdido” de Hayyim Gury, uno de sus mitos primordiales aun sin enunciarlo explícitamente. Este pasado aéreo y heroico que él vivió con toda intensidad le enfrenta crudamente con el presente mediocre, gris, sin brillo y sin gloria. Veamos otro de sus poemas más nostálgicos:

Muchas cosas me faltaron, pero no buenos amigos.
Algunos de ellos continúan engordando y otros perdiendo el pelo,
o como yo, envejeciendo y echando canas.
Algunos hay de pies ligeros y cabellera abundante,
igual que en los cuadros, como en las cartas.

No recuerdo ahora a todos
y no siempre pienso en ellos.
A veces les olvido por mucho o por poco tiempo,
pero cuando vuelvo a ellos
a todos los encuentro en su sitio.

Tuve buenos amigos que amaban la vida
pero no siempre supieron vivir.
Algunos de ellos fueron a estudiar,
otros apenas si alcanzaron a nada.

Corrieron, sí, por campos y bosques y por huertos,
entre los silencios y los muchos ruidos,
hasta que se paraban un momento a tomar aliento y a pedir algo,
y ya eran de nuevo convocados y reclutados.
Iban, iban, se daban prisa por ayudar y estar adentro
de todas las situaciones difíciles.

Tuve amigos que sabían llegar, y sonreír y tomar
de entre las muchachas
y a cualquier mujer de las que había,
y subir hasta su lecho y hacer según su voluntad.

Y tuve amigos que no sabían,
que eran tímidos, que no se atrevían, que no alcanzaban,

siempre se quedaban fuera, los ramos en sus manos,
flores que fueron cayéndose poco a poco desde su mano abierta,
y después quedaban depositadas sobre sus rostros.

Tuve amigos que sabían gastar bromas y reírse,
contar chistes y relatar engaños
entre gente que hablaba la verdad.
En noches de invierno las contaban bajo endebles cobertizos
y en noches de verano a los pies de las estrellas.

Yo tuve amigos muy raros.
Cuando reían todos les veían y les escuchaban,
en cambio para llorar volvían el rostro
y se iban a un lado.
Por cierto, tenía amigos peligrosos.

Yo tuve amigos sordos.
Cuando se pedía un voluntario
acudían diez, porque no escuchaban bien,
y cuando ya los mandaban de vuelta
se quedaban plantados frente a la tienda de la comandancia,
como Urías el Heteo.

También tuve amigos que eran mudos,
o que a veces ni sabían hablar
y me pedían a mí hablar por ellos,
sólo unas cuantas palabras.
Siempre decían: —No es nada, todo está bien—,
y se echaban hacia atrás
apoyándose en árboles y muros.

Muchos de mis amigos eran embusteros,
cuando se les preguntaba cómo estaban
o si tal vez necesitaban algo,
siempre decían: —Todo va bien—,
y tenían los ojos rojos y una barba sin tratar en dos semanas,
y apenas podían ya moverse.

Tuve también amigos alquimistas
que lograban transformar el agua en vino,
y el camino en canción,
y el cansancio en acero,

y su juventud en herida abierta.
Tenía amigos un poco locos,
hombres de espíritu.

Yo tuve amigos ricos,
toda la tierra era su casa,
y dormían de noche en los viñedos o en viejos almacenes,
ó en grutas neblinosas, o en peladas colinas batidas por el viento
como en su propia cama.
Ellos sabían, como Jacob, soñar unos sueños que enloquecían.

Algunas palabras a favor de mis amigos de El libro loco

Ḥayyim Gury, un hombre israelí nacido en la Palestina mandataria y sin la experiencia de exilio que tuvieron sus padres y toda la generación anterior, se siente sin embargo un ser exilado, pero el suyo es un exilio en el espacio, su exilio no significa una salida de su tierra ni un caminar errante por otros países, sino un salir de su circunstancia, un tener que renunciar al pasado esforzado y glorioso para dejar paso a un burocratismo estatista en el que ya no caben sus esfuerzos ni sus luchas. Ya no existe el “nosotros”, sino el “yo”, y la quiebra del *yo* colectivo va a enfrentar a este hombre, joven aún, a una sociedad donde sus ideales han pasado de moda y donde se recurre a él simplemente para recitar poemas en la fiesta de *Yom ha-‘aš-ma’ut*.

¿Qué debe hacer un poeta en este caso? ¿Plegarse a una nueva moda literaria? ¿Quedarse descolgado o transigir con la moda aun a costa de una ruptura con su personalidad creadora? ¿De qué modo nos comunica el poeta en un lenguaje poético sus vivencias de exilio en su tierra, de extrañamiento en una sociedad que ya no es la suya?

Sabido es que Gury es un conocido y apreciado columnista del diario *Dabar*, la prensa del Laborismo, esto implica que, a pesar de su pose quijotesca o, como ya se le dijo, de Mishkin, el príncipe idiota de Dostoievski, Ḥayyim Gury en realidad no es un descolgado, conoce la realidad y vive de ella ¿cómo integra pues esa póstuma nostalgia de creador de jóvenes mitologías nacionales y el ser testigo agudo de una época que le toca vivir?

Y Gury recurre al lenguaje mítico, y entre sus mitos más caros vuelve repetidamente al de Ulises, el eterno exilado:

Y retornando a su ciudad de origen encontró un mar.
Algunos peces y hierbas flotan en las pausadas olas.
Y un sol impotente en el confín del cielo.

—El error siempre retorna, dijo Ulises a su cansado corazón.

Y volvió a la encrucijada, cerca de la ciudad vecina,
para encontrar el camino de su ciudad natal, que no estaba en el agua.

Un caminante cansado, en sueños, con nostalgia,
entre gente que hablaba un griego diferente.
Las palabras que cogió como vianda en sus viajes
habían muerto mientras tanto.
Por un momento pensó que se había dormido durante mucho tiempo.¹
Y volvía a la gente que no se asombraba de sus señales
y cuyos ojos no se desorbitaban.

El les preguntó con gestos y ellos trataron de entenderle
desde la distancia.
Se tornó violeta el púrpura en el confín del cielo.
Se levantaron los mayores y tomaron a los niños que le rodeaban en círculo.
Y luz tras luz amarillaron en una casa tras otra.

Llegó el rocío y cayó en su cabeza.
Llegó el viento y besó sus labios.
Llegaron las aguas y bañaron sus pies, como la vieja Euriclea, pero no vieron
su cicatriz y siguieron la pendiente, como hace el agua.

(*Ulises de La Rosa de los vientos*)

Itaca-Israel es la patria a la que regresa el poeta-Ulises, en la que se han instalado cómodamente los que se habían quedado, pero aun el caso del héroe homérico es más llevadero, la vieja Euriclea al menos le reconoce. A él nadie le reconoce ni le entiende: “llegaron las aguas y bañaron sus pies ... pero no reconocieron su cicatriz”.

Así como en su obra *Flores de fuego* Gury desarrolla todo un sistema simbólico personal en lo referente al paisaje,² en estas obras posteriores su simbología, o su mitología es universal. El mito de Ulises ha sido ampliamente tratado por distintos autores, pero el poeta israelí lo usa a su estilo, con variantes: él no es Ulises exactamente, es un ser más extrañado que Ulises, quizá porque no se trata de un extrañamiento territorial, sino de un exilio temporal mucho más profundo.

Evidentemente en la poesía de Gury no se puede hablar del “arte por el arte”

1. Motivo tomado de la *haggadah* talmúdica sobre la leyenda de Jonio ha Me'aggel, un personaje de origen mágico que se durmió durante 70 años en los días del rey Herodes y al despertar desconocía el hebreo mišnaico.

2. Cfr. Varela M.E.: “La captación del paisaje en la poesía de Ḥayyim Gury”, *MEAH* XXXIII, 1984-85, 105-116.

—de casi ningún autor israelí puede decirse tal cosa porque las circunstancias acucian demasiado—. Gueorguii Plejanov cree que la doctrina del “arte por el arte” surge cuando los artistas sienten una oposición irreductible entre sus aspiraciones y las aspiraciones de la sociedad a la que pertenecen.³ Ḥayyim Gury podía haber caído en esa tentación: ante una sociedad que ya no es la suya ¿por qué no ignorarles y dejar a un lado a esa sociedad que “no le reconoce”?

Pero el hecho es que no puede. Quizá el pasado le pesa demasiado, quizá bulle en él ese sentimiento de culpa por “estar vivo”, que le hace igualmente elevar a la categoría de héroes a los compañeros que murieron en la lucha —sólo por eso, porque están muertos—. Este sentimiento se observa con frecuencia en los escritores escapados del Holocausto (Arón Appelfeld y Bashevis Singer entre otros). Seguramente también porque Gury vive del periodismo, una hipótesis más prosaica pero no menos probable. Por todas esas razones quizá no puede ser indiferente a lo que le rodea, es más, ni siquiera termina de perder la esperanza, y poco después de la guerra de 1967, con la euforia colectiva que siguió a la victoria, vuelve a surgir en él un chispazo de optimismo —muy fugaz, enseguida vuelve a sus nostalgias— y escribe el poema *Mis Sansones* donde ve a la nueva generación como sucesora y depositaria de sus propias ilusiones:

Aquí vuelven mis Sansones,
los portones de Gaza están sobre sus hombros.
Pasan sonrientes junto a centinelas ciegos.
Hierbabuena, viento y grillos.

Aquí vuelven mis Sansones,
sus Dalilas a sus pies,
avanzan por mis avenidas
yo estoy despierto.

Aquí vuelven mis Sansones,
y un recuerdo de leones en sus manos.
Marchan, levemente, descalzos.
En la calle nada arde, ni hay voces.

Aquí vuelven mis Sansones,
y las ranas del río Sorek en sus oídos.
Ellos se van, siempre se están yendo.
¿Cuándo levantaré yo por última vez los portones?

Aquí vuelven mis Sansones,

3. Wellek, R. –Warren, A.: *Teoría literaria*, Madrid 1981, p. 121.

con restos del banquete entre sus dientes.
Las quijadas están rotas, los acertijos resueltos,
y en mi cabeza apuntan las primeras canas.

Aquí vuelven mis Sansones,
no estremecen ni aterran con sus ojos.
Vuelven hasta mí desde Gat
al terminar el fuego.

Aquí vuelven mis Sansones,
a la profundidad de sus noches,
y van iluminados por zorros de fuego.

(Mis Sansones de Movimiento al contacto)

Fue, ya lo hemos dicho, un chispazo fugaz de optimismo. Sus poemas vuelven a ser nostálgicos, pero aun en medio del desencanto reconoce y afirma lo imperecedero de algunas vivencias:

Sólo fue aquello que fue,
sin un “pero”, sin un “quizá”,
como tu amor peligroso y vivo ...

Sólo aquél que ató y que fue atado
y que no retrocedió
ante tu amor.

Aquél que dijo: *Yo*,
y no dejó decirlo a otro.
Aquél que causa dolor, que recuerda y es recordado.

Y aquella que fue como un regalo
no compartido, no arrepentido.

Y aquél, que siempre pedía
y no se cansaba nunca,
se quedó solo con el fuego
para siempre”.

Entre los escritores medianamente cultos de la vieja Europa la carga mítica precristiana y hasta la de la temprana Edad Media se filtra imperceptiblemente en todas sus obras, aun en los casos de difícil seguimiento (Cfr. el *Ulises* de Joyce).

Ḥayyim Gury trabaja con mitos prestados porque en cuanto hombre culto debe compartir la cultura europea, pero esos mitos no son significantes sino meros recursos, se quebraron al llegar a las soleadas costas del Mediterráneo —poseedor de otros mitos— y a las raquíticas colinas de Judá. Surgen pues mitos más primordiales: la Madre-Tierra (*'Em kol ḥay* —La 'Ereṣ Israel bíblica, independiente de cualquier arreglo político—; pequeños seres monstruosos reemplazan a las quimeras y a las gorgonas, son seres que podemos ver en cualquier pedregal de Israel: escorpiones y serpientes, sus laureles no son del Olimpo, sino las hierbas aromáticas con que los árabes aderezan sus comidas. ¿Qué ha pasado en ese universo olímpico de Ḥayyim Gury? ¿Por qué esa vanalización regionalista? ¿Es que los mitos son tan frágiles —a despecho de Jung— que se rompen en el viaje?

Sucede que, aparte todo lo que hemos dicho, Ḥayyim Gury es un hombre judío de fines del siglo XX, en el que ya medió la soledad del hombre, descrita por el judío Kafka, y el Holocausto de un pueblo, que es el absurdo de los hombres y el ocultamiento de Dios.